

PATRIA, FE Y AMOR

EN LAS FIESTAS DE LA MAGDALENA

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL SEXTO

CERTAMEN LITERARIO

DE

CASTELLÓN DE LA PLANA

POR SU MANTENEDOR

Ilmo. Sr. D. José M.^a Torres Murciano



CASTELLÓN DE LA PLANA
M. C. M. L

CB1003237356

FRXX/2785

PATRIA, FE Y AMOR

EN LAS FIESTAS DE LA MAGDALENA

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL SEXTO

CERTAMEN LITERARIO

DE

CASTELLÓN DE LA PLANA

POR SU MANTENEDOR

Ilmo. Sr. D. José M.^a Torres Murciano



CASTELLÓN DE LA PLANA

M. CM. L

*Reina de la Belleza y de la Poesía;
Autoridades y pueblo de Castellón;
Señoras y Señores:*

SI por ser hijo de esta provincia no os conociera ya; si desde niño no hubiera oído hablar de estas casi legendarias fiestas de la Magdalena; si, aun sabiendo de ellas y de vosotros, no hubiese tenido la ocurrencia de asistir a la Proclamación de este año, que me permitió captar el clima en que estos festejos se desenvuelven, la admiración y la sorpresa, por lo que en estos días llevo visto y oído, podrían ser tales que ahora me impedirían llevar a término el encargo que de vuestro Alcalde tengo recibido.

Bien hice, repito, acudiendo a la proclamación de la Reina de las Fiestas y de su Corte de Honor. Hice bien, porque gracias a ello os pude conocer, Señora, aunque de lejos, para no quedar esta noche anonadado por vuestra hermosura y mudo de asombro por lo que sois y por lo que representáis. Yo, Señora, soy hombre más bien de secano, nacido entre dos sierras y poco o nada propicio a las galanterías y lirismos. Mi palabra es áspera y dura... aunque desde hace escasamente un año pongo todo mi afán en dulcificarla, al verme en el trance de mantener sucesivos Certámenes literarios como éste; empresa para la que jamás tuve preparación ni vocación tampoco.

En los flancos de este escenario tan brillantísimamente dispuesto campean aureolados los temas clásicos o tradicionales. Y ello nos hace recordar que allá por el año 1324, la sobregaya compañía de los siete trovadores de Tolosa en el corazón de la Provenza medioeval, restaurando la vieja costumbre de ciertos poetas que se reunían en un jardín para recitar sus versos, promovieron las justas literarias que se han dado en llamar

juegos florales. Se celebraban en Mayo y bajo el simbólico reinado de una mujer hermosa, ante cuyo trono los poetas rendían el homenaje de sus versos y la naturaleza el de sus flores; exaltándose en la fiesta las ideas sublimes de la Patria, la Fe y el Amor. La tradición vino a encomendar al llamado Mantenedor la glosa oratoria del conocido trilema y tal es mi cometido o al menos así yo lo entiendo en el Certamen de esta noche.

Os confieso que al plantearme la elección de ideas para esta actuación y conocer el texto de los discursos de otros años me sentí perplejo. Y no solo por medir mi insignificancia al compararme con las relevantes personalidades que han ocupado antes que yo esta noble tribuna, sino porque no fué frecuente en ellos el acomodarse a la glosa de las tres ideas o puntos tradicionales. Yo ya sé que la costumbre ha ido perdiendo fidelidad y que los certámenes literarios actuales no son en rigor una copia de los históricos «Jochs Florals». Acaso no falten tampoco quienes juzguen excesivamente trillado el tema. Pero en esto sí que hay error.

Lo que la vida y la historia proclaman elocuentemente es que de la Patria, de la Fe y del Amor nunca se habla demasiado. El comentario y la exaltación de tales temas no se agota, porque son ideas eternas y, por eternas, cantera interminable de reflexiones y de aplicaciones a cada momento histórico.

Jamás se hablará bastante de la Patria, la Fe y el Amor, sobre todo porque somos hombres; ¡hombres!; no plantas ni bestias y ni podemos sentirnos extraños, como hombres, a la tierra que nos vió nacer, ni podríamos vivir en ella sin creer y amar... ¡Tenían que llegar, señores, los calamitosos tiempos modernos para que la tierra afrentase al Cielo con el triste espectáculo de esas muchedumbres legionarias del odio y del ateísmo, renegando de padres y de patrias sin otro afán que el de la satisfacción de sus apetitos y sin entender otra ley que la del látigo, ni otro orden social que aquel impuesto por la amenaza del tiro en la nuca o el mensaje mortal de las ametralladoras! (*Gran ovación*).

España es hoy, por obra de Franco y gran misericordia de Dios, un oasis en medio de

este mundo desquiciado y roto. Por ello aquí y entre nosotros aún es posible discurrir en paz sobre ideas nobles y elevadas como la Patria, la Fe y el Amor sin escuchar a nuestro lado con asco y con pena los ladridos del rencor, de la incredulidad y de la barbarie. ¡Loado sea el Señor!... Vamos, pues, a hablar un poco en esta noche a la usanza tradicional. Vamos a hablar, señores, de Patria, Fe y Amor. Pero no en abstracto ni genéricamente, sino muy en concreto, castellonenses: lo pide vuestra historia y lo postula el simbolismo de estas fiestas memorables. En realidad, el mejor discurso lo habéis hecho ya vosotros, verdaderos protagonistas de los festejos, con vuestro fervor, vuestro entusiasmo y vuestra alegría. Yo haría bastante si acertase a expresar en voz alta lo que en el fondo de vuestros corazones estáis sintiendo, como protagonistas—ya lo he dicho—de estas fiestas conmemorativas. Hablaré, pues, repito, de la Patria, la Fe y el Amor rindiendo culto a la usanza tradicional, pero trataré de referirlos fundamentalmente a la Fidelísima y Constante Ciudad de Castellón. (*Muy bien. Aplausos*).

PATRIA. LA CABALGATA DEL «PREGÓ»

Comienzo por la idea de Patria, refiriéndola a vuestra patria chica, a vuestro Castellón; Ciudad, como reza su escudo, Fiel y Constante. Sí; ya sé que tales títulos no son muy viejos y que se deben respectivamente a sucesivas mercedes del General Espartero y de S. M. el Rey D. Alfonso XII y que fueron concedidos por motivos políticos del pasado siglo que hoy pueden parecernos de un valor relativo y discutible. Pero no importa; vulgarmente se dice que Dios escribe recto con trazos torcidos y lo que para mí no ofrece dudas es que Castellón y vosotros tenéis bien ganados los dos calificativos por vuestra fidelidad y vuestra constancia en lo que más importa; en la defensa de la propia personalidad sin la cual la idea de Patria, queda reducida a un nombre vacío.

¿Quién podría dudar, castellonenses, en estos días de la vitalidad y profundidad de vuestro patriotismo? ¿Quién podría desconocer el arraigo que en vuestros corazones tiene el culto a la Patria? ¿No son estas fiestas la más justa, perseverante y ardorosa

exaltación de ella? ¡Fiestas de la Magdalena!... ¡Fiestas «madaleneras», como vosotros decís! El que las ve y las vive, como yo las he vivido en estos días, inmediatamente tiene que pensar: he aquí un pueblo fiel a sí mismo. Castellón es ante todo un pueblo bien nacido—y doy a la frase todo su rigor—puesto que así, con tan perenne fervor e inagotable entusiasmo, celebra año tras año el suceso de su nacimiento.

Para entender estas fiestas y calar hondo en el alma de Castellón nada me pareció ni me parece tan eficaz como ser lo que yo he sido en estos días, un afanoso espectador de las fiestas, un romero, un «madalenero» más en este tercer domingo de Marzo en que habéis conmemorado un nuevo cumpleaños de vuestra ciudad. Si acierto, pues, a hablaros con justeza y algún orden de las emociones e impresiones que llevo recibidas, tengo por seguro que será lo mejor que podré hacer y decir como Mantenedor de esta fiesta literaria.

El sábado se iniciaron los festejos y ya hube de maravillarme presenciando la famosa «Cabalgata del Pregó» digna, ento-

nada y fidelísima en la evocación de símbolos y personajes históricos. ¡Qué bien la recuerdo!... Ante la tribuna colocada casi frente a vuestro Casino Antiguo pasan el Rey D. Jaime y sus caballeros. No lejos de mí un buen castellonense va señalando a un muchacho, tal vez su hijo, los personajes de la brillante y esforzada caballería, como Don Quijote mostraba a su admirado escudero los héroes de aquella fantástica batalla entre dos grandes ejércitos. Yo mismo, sugestionado por el desfile siento revivir en mi memoria aquella épica gesta de la reconquista de estos reinos. Y veo a D. Jaime y a sus huestes descendiendo desde las tierras altas a las tierras bajas. Ya fué rendida Morella, fortaleza roquera, al valor y al brío de D. Blasco de Alagón; ya se abatieron los castillos de Ares, de Culla y de Villafamés, entre otros muchos; ya cayó la inexpugnable Peñíscola; ya se asoman las banderas de Aragón sobre las cresterías de Montornés avizorando desde ellas los fértiles campos de la primitiva Fadrell; ya fué tomada la villa de Almazora... Ya cabalgan el Rey y sus huestes hacia Burriana, la antiquísima

Burriana, de la que bien pudo escribir Escolano que era entonces como los cabellos en que tenía sus fuerzas Sansón; conquistada ella fué fácil todo lo demás... El Puig de Santa María significó la etapa penúltima. ¡Y por fin, Valencia!... Valencia que fué tomada como sabéis, en el día de San Dionisio.

Por las milenarias vías que siglos antes cruzaron las legiones de Roma discurren caballeros y mesnadas enarbolando las armas de Aragón y la Cruz de Jesucristo. Pasan los caballeros y el primero entre la lucida corte es un moro; el moro Zeit Abuceit, Rey destronado de Valencia y aliado de D. Jaime que terminó por tomar el nombre cristiano de Vicente, pidiendo y recibiendo el bautismo de manos de un Obispo de Segorbe al que hizo cesión de la ciudad y de todos sus pueblos. Junto a él, el caballero navarro D. Pedro Fernández de Azagra, señor de Albarracín y testigo de la conversión de Zeit y no lejos de ellos los prohombres Guillén de Moncada, Berenguer de Entenza y Arnaldo de Cardona, con otros no menos esclarecidos...

- Pero los ojos del buen castellonense rebo-

san satisfacción y orgullo cuando creen ver sobre su caballo la noble figura de D. Ximén Pérez de Arenós, Lugarteniente del Rey y fundador de Castellón de la Plana al que se debe el privilegio dado en Lérida por Don Jaime el año 1251 para que los moradores del viejo cerro pudieran descender a la codiciada llanura y establecerse en el nuevo Castellón. Fué Alonso de Arrufat, otro caballero, caballero arquitecto, quien eligió el paraje y dió norma y traza al nuevo Castellón con la figura cuadrangular de que habla el propio cronista Viciana, cercada de fuertes murallas con numerosas torres flanqueando sus ocho puertas. Pero Alonso de Arrufat tuvo que ser no solo Arquitecto sino también Ingeniero; porque basta ver el trazado de esos caminos vecinales de vuestra huerta para comprender que por los conocimientos que hoy llamaríamos de ingeniería, de aquel hombre, fué posible iniciar la metamorfosis que ha venido a convertir a la Plana en una de las más bellas y de las más fértiles comarcas españolas. (*Aplausos*).

La evocación histórica se cierra con el Rey Don Jaime, que ya no es aquel mu-

chachito rescatado por los buenos oficios de otro Obispo de Segorbe, del poder de Simón de Monfort que lo tenía secuestrado. Es la figura del Rey Conquistador, la que pasa ahora por las calles de Castellón, con su barba rubia, su lucida cohorte de escuderos y a su lado un joven musulmán de perfil fino que le va haciendo frecuentes zalemas y le rinde vasallaje y pleitesía.

Con D. Jaime acaba la evocación histórica, pero detrás viene... la vida. Eso es lo que va desfilando detrás de los caballeros de la Conquista en la cabalgata del «Pregó». Un multicolor y variado desfile de tipos, motivos y grupos folklóricos, afortunadísimamente seleccionados. De Todolella sus danzas guerreras, viriles y originalísimas, cuyo origen pudiera remontarse al siglo XII. De Villafranca, esa jota bravía que se baila en aragonés, pero se canta en valenciano. De mi Sierra de Espadán el baile más cadencioso, en que la jota se mezcla con la seguidilla y el fandango. De Adzaneta su «ball del canó». Y por fin, de San Jorge la danza llena de colorido que por su monorritmia y por la indumentaria de los danzantes nos

advierte que Cataluña está muy próxima...

Pasa la cabalgata sin trampa ni cartón ni figurantes mercenarios. Son trozos, como he dicho, de vida ordenados en la calle sin más artificio que el indispensable para el desfile. Por eso, lo más admirable es su realismo. Las mujeres morellanas, van efectivamente tejiendo; a las de la Sierra de Espadán se les ve hacer los espartines y a las de la Plana envasar auténtica naranja. Y los hombres que marchan sobre un taller ambulante, machacan el cáñamo con aquel «bon pit» de vuestro legendario «Tomba-Tossals». Una barca de verdad con sus marineros que caminan descalzos; un arado de grandes dimensiones y unos bueyes de perfil mitológico que van tirando de ellos ponen la nota recia y vigorosa en el desfile. Y un carro con paja sobre el cual van unas bellas segadoras parece que acaba de llegar del campo y que se ha incorporado a la cabalgata a la vuelta de cualquier esquina... En el último grupo, llegan los colmeneros con sus artefactos, porque la miel siempre se sirve de postre. Pero tras de la miel que viene de las flores, pasan las flores mismas y entre ellas, el me-

jor ramillete, Vos, Señora, que con vuestras damas presidís y cerráis el cortejo...

¡Buena cabalgata la del «Pregó», castellanenses! ¡Soberana lección de historia y de vida! La inicia un rey y la termina una reina. El rey vivió en el siglo XIII. La reina es de nuestros días; aunque pudiera decirse que la reina es de siempre; porque no en balde pudo escribir aquel genial desesperado Oswald Spengler que «si el hombre *hace* la historia, la mujer, *es* la historia». Por ello podía perfectamente iniciarse vuestra cabalgata con la figura legendaria del Rey Conquistador; cerrándola como reina una bella muchacha de esta noble ciudad de Castellón de la Plana. (*Muy bien. Ovación*).

Al terminar la cabalgata, yo me preguntaba: ¿Señor; esto es solo la víspera?... A mi lado había presenciado el desfile un simpático marino que me escucha en estos momentos y que al observar mi entusiasmo y mis comentarios me decía: *¡Ab; Vd. no sabe cómo las gastan aquí! Yo vine para estar seis meses y llevo ya cinco años en Castellón...* No estaba yo para muchos diálogos entonces; pero pudiera haberle dicho, como

ahora digo, que yo no he venido a esta tierra, sino que soy de ella y por eso la cabalgata había pasado no solo por mis ojos sino por mi corazón. (*Muy bien. Aplausos*).

LA ROMERÍA DE «LES CANYES»

Por la noche fuimos a la plaza Mayor y en ella la «Fiesta del poble» tuvo el marco más sugestivo que pudiera soñarse, y allí los mismos grupos folklóricos que habíamos podido admirar marchando en la cabalgata volvieron a deleitarnos con sus respectivas interpretaciones. La noble fachada en trance de reconstrucción de vuestra primera Iglesia servía de fondo insuperable; a un lado la bella torre octogonal de las campanas y al otro el mercado nuevo, como si el pasado y el presente quisieran asociarse a la fiesta. Pero yo que la presenciaba desde uno de los balcones del Ayuntamiento estaba pensando entonces en que a aquellas horas desde la cima del campanario sería posible vislumbrar en la lejanía y hacia la montaña la «foguera» tradicional que habría encendido ya el buen ermitaño de la Magdalena

e imaginaba yo que el resplandor de aquella hoguera, que hubiera querido ver, era como la llamada del Castellón viejo; fuego surgido de las entrañas de la tierra, entre ruinas venerables y viejos aljibes sin agua.

Yo no vivía ya con la impaciencia de que llegara el día siguiente y de marchar a la misma plaza con sol, a coger mi caña. Y eso es lo que hice, castellonenses. Al día siguiente no fué necesario que me despertaran. Aquella formidable «despertá» con que la Comisión de Fiestas nos obsequió a todos los moradores de Castellón, hubiera hecho vano todo esfuerzo por continuar dormido; pero lo cierto es que, en honor a la verdad, yo estaba ya despierto mucho antes. No había dormido muchas horas aquella noche, dominado por la impaciencia de incorporarme como un romero más a vuestra Romería.

A las ocho de la mañana, con rigurosa puntualidad, yo estaba en los soportales del Ayuntamiento y vi cómo se repartían las cañas; muchas, muchas cañas. Y entre tanto se concentraban las Autoridades que estaban dispuestas a ir a pie al cerro. Señores, ¡qué ejemplo éste, de las Autoridades mar-

Chando a pie en esta época supermotorizada en que hay quienes no dejan el coche ni para ir de casa a la peluquería! ¡Qué gesto el de estas Autoridades dispuestas a coger la caña y a ensuciarse con el polvo de los caminos para marchar a allí donde moraron los hombres y tuvo lugar la historia del viejo Castellón!

La comitiva se puso en marcha y llegamos a la calle Mayor. En la Iglesia de San Agustín se nos incorporó el clero, se iniciaron las Letanías de los Santos. Y la marcha cuando se cantó la salutación «Santa María, ora pro nobis». Buena manera ésta, de ponerse a andar, invocando el santo nombre de la Madre de Dios. Y al salir a la calle me chocó una cosa; que había unos sacerdotes que a pesar de ir revestidos todos ellos llevaban su teja como si pensaran resguardarse del sol durante un largo camino. Pero aún me chocó más otra cosa más sugestiva, más pequeñita; un minúsculo acólito, que iba con un traje de cierto sabor dominico, acerca del cual hube de preguntar a mis acompañantes: *Es un personaje, me respondieron, que este año resucita y se incor-*

pora de nuevo a la romería, y le llaman «el raboseta». No dejó de hacerme gracia el mote, pero en efecto pude observar gran alborozo en las aceras y comentarios alusivos al muchacho, que como los clérigos mayores, llevaba también su pequeño sombrero de teja mostrándose muy ufano de su categoría.

Continuamos calle Mayor adelante y en el «Toll» corrió la pólvora en el más riguroso sentido de la palabra, porque los guardas rurales que encabezaban la comitiva con sus uniformes domingueros, disparaban una y otra vez al aire sus carabinas, como se hacía antiguamente mientras la Banda Municipal tocaba entre tanto con mucho bombo y platillos música «madalenera». Se me dijo que, como Castellón terminaba antes en el «Toll», allí se despedía en otros tiempos la comitiva. Pero como la ciudad tiene hoy en dicho lugar precisamente el inicio de sus más amplias avenidas, de su ensanche más hermoso, todavía hubimos de continuar por una de las amplias calles hasta llegar a extramuros donde, tras una larga traca y nuevas salvas, se nos ordenó romper filas y la rome-

ría, mejor dicho, el cañaveral, porque entonces la procesión era ya como un espeso cañaveral en marcha, se disgregó marchando cada cual como quiso por el camino que llamáis «dels Molins».

Un culto y fino castellonense caminaba a mi lado explicándome pormenores de la fiesta. Y entre otras cosas me contó que en otro tiempo los Concejales de vuestro Municipio iban a la Magdalena de frac y con chistera. (*Risas*). Comprendo vuestra reacción, porque a mí también ese diablillo burión que todos llevamos dentro me hizo reír entonces como a vosotros ahora. No es para menos si imaginamos a aquellos caballeros vestidos así, con sombrero de copa y una caña verde en la mano, marchando por caminos huertanos y al borde de las acequias. Pero, señores, mi risa duró poco porque inmediatamente vino la reflexión y ésta me hizo comprender el ejemplo de aquellos hombres viñtiendo de etiqueta por respeto a la tradición y entonces no tuve más remedio que coincidir con vuestro paisano, el que de tales cosas me había hablado, en el deseo de que así como este año ha resu-

citado el «raboseta» en el próximo, se decidan vuestros Concejales a ser otra vez «madaleneros de etiqueta», para ir en la romería como iban sus abuelos, ofreciendo así una penitencia más y no pequeña a Dios Nuestro Señor y un nuevo ejemplo de fidelidad y de constancia a este buen pueblo de Castellón de la Plana. (*Ovación*).

No anduvimos mucho por el camino de los Molinos sin que advirtiéramos de momento que la gente se agolpaba, deteniéndose la romería por algún motivo. Como yo pregunté—pues no paraba de hacer preguntas—me respondieron que teníamos que abandonar dicho camino para coger una senda; la de «la travessera». Y así ocurrió en efecto, que tomamos dicha senda, totalmente vulgar, estrecha y me supongo que cuando caigan cuatro gotas intransitable, como seguramente lo estaba aquel camino histórico que recorrieron nuestros antepasados en la noche de la histórica traslación. Pero la senda, eso sí, me pareció bellísima porque toda ella discurre entre naranjos. Y aquí he de deciros en honor a la verdad que la conversación perdió un poco

de altura, evadiéndose de la historia hacia la actualidad, porque el castellonense que me acompañaba sabía tanto de las cosas de la naranja y de sus problemas como de las efemérides históricas. Claro que la digresión duró poco, porque salimos de la senda para entrar en el «Caminás», vuestro gran camino...

La romería era entonces una interminable hilera de cañas saliendo de la estrecha senda. Mas al despejarse el horizonte, pronto advertí que toda la gente se iba deteniendo y agrupando en torno de un edificio blanco. ¿Una alquería?... No; me dijeron que era una ermita. La ermita de San Roque de Canet. Y en seguida otro Concejal, hombre expansivo y de buen humor que venía con nosotros recordó el antiguo dicho: *San Roc de Canet, figa y dosset...* (*Risas*). La frase la había leído yo en alguna parte y sabía que antiguamente en la ermita donde se acostumbra a almorzar y así lo hicimos también el domingo pasado, se tomaban de postre «figues albardaes»; los higos albardados que a mí me son familiares no con ese nombre pero sí con el más castellano de buñuelos

con higos, como los llamamos en mi tierra de Segorbe. De chico me gustaban mucho; pero mucho me temo que si ahora los comiera tendrían efectos atómicos en mi pobre estómago. Por suerte o desgracia, no hubo lugar a discusión entre mi salud y mi gusto; pues el susodicho Concejal se apresuró a aclararme que por este año no habrían higos; pero sí al que viene; en que resucitarán también como el «raboseta». No hubo, pues, higos, pero almorzamos bien porque se nos pasó el aviso de que el trecho de camino que quedaba era el peor. Tanto, que allí había un coche esperando por si alguien quería... desertar. Y alguno desertó. (*Risas*). Pero naturalmente no voy yo a decirlo ahora, porque aunque el pecado se diga nunca debe decirse el nombre del pecador.

Continuamos andando hacia arriba y llegamos a la carretera... ¡Qué espectáculo el del enlace en ella con los que habían salido de Castellón utilizando los vehículos más variados! Automóviles, camiones, bicicletas, carros, más o menos adornados. El desfile era interminable y daba la impresión de ininterrumpido desde la ciudad. Los peato-

nes a la derecha de la carretera cantaban y gritaban entablando un verdadero tiroteo de frases con los que marchaban montados. *¿A on aneu?*, dicen los de a pie. *¡A la Madalena!*; contestan a todo pulmón los de a caballo. Ya estábamos a la vista de la ermita que parecía, por su blancura, un morabito entre pinos, cipreses y algarrobos. Y al margen de la carretera advertí no uno sino varios apartamientos para bicicletas, con tal número de ellas que yo hube de preguntar a uno de los Generales que venían también con su caña y a pie en la romería, si con tantas máquinas no habría bastante para formar una división.

El camino, festoneado de blanco, que baja en zigzag desde la ermita al llano era en aquellas horas un interminable hormiguero de gentes que subían y bajaban con gran bullicio. Al pie del montículo nos paramos y entonces nuestro Secretario—yo le llamo nuestro porque ya le tomé gran confianza—; nuestro Secretario, digo, que como sabéis cuando se trata de cosas de protocolo es de lo más intransigente, nos hizo formar. (*Risas*). Rigurosamente formados comenzó

la marcha monte arriba, y lo de monte arriba va bien en esta ocasión porque imaginamos señores que equivocamos el camino y tuvimos que alcanzar la subida del Santuario a campo traviesa. (*Risas*). Un Concejal decía que lo que era imperdonable es que los guardas rurales se perdieran. (*Risas*). Pero como el buen humor campaba por sus respetos y lo llenaba todo, otro no menos inspirado agregó que los pobres guardas no hacían sino seguir a los heraldos de D. Jaime y de D. Ximén Pérez de Arenós y que sin duda eran éstos quienes, por los muchos siglos que han pasado, habían olvidado ya el camino. (*Risas. Aplausos*).

EN LA MAGDALENA. PANORÁMICA

Llegamos a arriba. Y aquí amigos míos ya hay que ponerse serios; pues entramos en la iglesia; ya lo sabéis; en aquella iglesia pequeñita de traza primitiva después de atravesar el amplio pórtico más moderno de característico perfil mediterráneo. Y en la iglesia comenzó la Misa. Misa Mayor, que por el número de los que la oíamos e

incluso por las dimensiones a que ya me he referido de la capilla no parecía muy mayor; pero que lo era naturalmente, porque allí simbólicamente estaban los que la oían y también aquellos otros que bullían alegremente fuera de la ermita, sirviendo como de fondo, no precisamente musical, pero sí de júbilo a la ceremonia que en aquellos momentos se estaba celebrando.

Subió al púlpito un sacerdote castellonero y puso la glosa justa del acto con palabras de San Pablo: «*Sois nuestra gloria como nosotros somos la gloria vuestra*». El comentario era lacónico pero sugestivo porque la frase se ponía nada menos que en los labios de los legendarios moradores del Castellón antiguo, refiriéndola a vosotros los castellonenses de hoy, con recíproco orgullo entre unos y otros. Y al terminar la Misa, hice... lo que hace todo el mundo en la Magdalena: corretear por el cerro. Subí primero a la terraza de la ermita donde ya sabéis que es tradición que el Ayuntamiento obsequia a todos; y yo, al fin y al cabo un romero más, me dejé obsequiar con aquel rollito característico y tradicional. Luego

marché hacia arriba y vi las tumbas, las ruinas, los viejos aljibes y también la «sanc dels moros» aquellas piedras reteñidas por los siglos que tantos castellonenses conspicuos muestran a sus hijos apostillando la explicación con las leyendas que todos sabéis. Y después ocurrió también, lo de siempre... cada algarrobo una familia, un grupo y bajo su sombra comían los que habían proyectado quedarse a comer.

Nosotros también comimos; también tuvimos nuestra comida oficial. ¿Le llamaremos banquete? Pienso que no; porque los banquetes suelen ser envarados y de artificiosa alegría. La que el pasado domingo se adueñó de la mesa desde los primeros instantes, sanísima y de la mejor ley, nos obliga a definir el ágape con el nombre más cristiano de comida. Un General muy querido de todos vosotros hablaba incesantemente de sus hechos de armas y también de esas otras batallas civiles que ahora riñe con el mar arrebatándole tierras para convertirlas en campos de cultivo. A otro lado, casi enfrente de mí, un simpático sacerdote se esforzaba—ya véis el contraste que allí ha-

bía—por convencer a cierto miembro de la Junta de Fiestas, solterón recalitrante para que contrajera matrimonio. (*Risas*). Y entre ambos, un Padre Capuchino reía beatíficamente con todas sus barbas y con las mismas ganas con que ahora estáis riendo vosotros. La alegría era general; pero alguien dijo que había que volver a Castellón... Nos levantamos todos y entonces... ¡Ah, señores!... Entonces ocurrió lo más raro del mundo. Bajamos a la capilla y se cantó un Responso con toda solemnidad.

*«¡Libera me Domine de morte æterna
in die illa tremenda!...»*

¡Líbrame Señor de la muerte eterna en el día del juicio! ¡Señor qué contraste! ¡Un Responso como postre de una comida oficial! ¡Qué raro, Señor, qué raro, pero... qué bello! ¡Qué profundo sentido el de toda esta fiesta!... Toda ella alegre, bulliciosa, pero a la vez profunda y de sentido trascendental. Por eso en San Roque de Canet después de almorzar rezamos en voz baja por los muertos y en la Magdalena tras la comida principal es tradición ese Responso solemnemente cantado.

El hecho me conmovió tanto, hizo tanta mella en mi ánimo que rogué a vuestro Alcalde que me permitiera quedar rezagado del resto de la comitiva. Una vez a solas, en el interior de la ermita, caí de rodillas y clavé mis ojos en el retablo que representa a la Santa penitente. Pero entonces se me ocurrió a mí... otra cosa rara... Y fué pedir a Santa María Magdalena y también a los espíritus de aquellos cuyas cenizas todavía descansan en las entrañas del cerro, que me hablaran ellos a mí de la vida, puesto que nosotros habíamos estado cantando con la Iglesia a la muerte. No pasó mucho rato sin que, no sé si en mis oídos o en mi alma sonaran tres palabras: *Sal y mira...*

Yo creí entender y profundamente conmovido salí de la pequeña iglesia encaminándome a la cúspide del cerro. Me encontraba allí en lo alto entre ruinas legendarias y bajo mis plantas las tumbas de la vieja Castalia, es decir, la muerte. ¡Pero ante mis ojos estaba la vida! La Naturaleza ofreciendo el más bello cuadro que pudiera soñarse y alabando a su Creador. Con la vista me era

dado contemplar entre absorto y admirado, la Plana con toda su belleza y extensión. Visión de maravilla iluminada por ese sol de Marzo que ya calienta en sus horas zenitales; cuando el invierno acaba y la flor cayó de los almendros anunciando la próxima primavera.

A mis espaldas la abrupta serranía que separa y aísla del mundanal ruido las cuevas, las ermitas y el convento del Desierto de las Palmas. A mi izquierda la línea montañosa que ha ido descendiendo desde la cumbre del monte Bartolo hasta la costa y se deja besar por las aguas en la Olla. Hacia la derecha y al fondo en lontananza la cordillera de Espadán; los montes Idubeda, cantados en latín por Plinio, tras de los cuales presiento con el corazón mis tierras de Segorbe. A un lado Benicasim, con sus Villas y su bellísima playa. Al otro extremo, hacia el Sur y en la lejanía hay que adivinar, sin verlo, al castillo de Almenara, la antigua Afrodisio, de la que habló Polibio con su templo de Venus y campamento de los Escipiones. Menos lejos Burriana, de fundación casi bíblica. Y arrimada hacia las

montañas debe de estar, aunque no se la ve la Villavieja, con sus fuentes termales que ya conocieron los romanos y con Nules, su filial ayer y hoy su cabeza. Más acá Almazora, fundada por el indomable Almanzor y Villarreal de los Infantes edificada también por privilegio de D. Jaime después de la Conquista. A lo largo y a lo ancho la llanura fertilísima y multicolor... Pinos, algarrobos, viñas, almendros y más allá muchos naranjos geoméricamente alineados... El Cuadro con sus arrozales y la huerta con su polícroma verdura. Como telón inmenso de fondo el azul purísimo del Cielo y el plateado del mar. Y en el centro justo del maravilloso paisaje, ¡Castellón! ¡Castellón, la perla de la Plana!...

Su caserío se extiende difusamente desde las suaves alturas sembradas de masets hasta el nivel del mar. Veo también aquel cuartel inacabado, que algún día habrá de albergar a los soldaditos de España. Y al otro lado el Grao, junto al mar con la línea afilada de la escollera y el faro perdiéndose en el horizonte y el contrapunto verde del pinar y de los marjales próximos. Sobre la silueta

del casco urbano se perfilan dos torres, como dos índices o dos flechas apuntando al Cielo en los que yo creo ver los dos símbolos exactos de lo corporal y de lo espiritual; la torre deportiva del Estadio y la torre religiosa de las campanas. Y envolviéndolo todo hay una tenue y suave neblina en la que yo creo ver como el humo de un gigantesco incensario, el humo del incienso, con el que suben hasta el Cielo los afanes, las inquietudes, los vítores y las plegarias de esta noble y bien nacida ciudad de Castellón. (*Muy bien. Ovación*).

El éxtasis contemplativo en que me hallaba hubo de terminar, porque me llamaron desde abajo. Bajé precipitadamente del cerro, pero al pasar por la puerta de la iglesia me detuve un momento y volví mis ojos con gratitud hacia la ermita ya cerrada. A duras penas podía dominar mi emoción. Bajé por el camino en zig zag y como zigzagueando también en mi alma me pareció escuchar confusamente otro cántico. Eran, amigos míos, unos versos del «Pregó» que yo ya no sabía si me resonaban dentro de mi corazón o eran los pinos y los cipreses

que jalonan el camino y aun las mismas piedras de aquel santo monte quienes los cantaban, porque por la mañana los habían aprendido de vosotros:

*«Anar a la Romería
no és, tan sols, «anar de festa»
és deure que manifesta
orgull de genealogía.
¿Quin fillol oblidaria
la rabassa maternal?
Tots devém, en día tal,
ratificar la promesa
de mantindre, sempre encesa,
la llum de l'amor filial.»*

FE. LA VIRGEN DE LIDÓN

¡Qué justa la glosa de estos sencillos versos! La Romería de la Magdalena no es, no puede ser, no ha sido nunca una diversión sino un deber... ¿Qué hijo se olvidaría del regazo maternal?... Pero he aquí que con esta frase mis pensamientos tomaron otro rumbo; porque asociando ideas recordé que en otros años la Romería no iba directa-

mente a Castellón, sino que hacía escala en el más ilustre de vuestros Santuarios. Y al pensar ésto sentí como la necesidad de ir yo a Lidón, haciendo aquella escala que este año no había de hacer la Romería...

Puse en práctica mi idea y llegué al Santuario. El templo estaba desierto; allí no había nadie; pero yo me acerqué humildemente al altar de la Virgen y ya no se le cantaba como otras veces una gran Salve, la recé yo por todos vosotros. Después quedé con los ojos fijos en la sagrada imagen y de mi alma surgió esta salutación: «*Virgo Fidelis, Ora pro nobis*». Y en seguida advertí con claridad y firmeza—entrando con ello en la glosa del segundo lema—que allí, a las plantas de aquel altar, es donde fluye el manantial inagotable de la Fe de Castellón.

Yo le pedía a vuestra Virgen que me desvelara por completo los secretos del alma castellonense y entonces, a mis espaldas, creí escuchar un nuevo cántico... Eran los Gozos, los Gozos antiquísimos de vuestra Patrona, en uno de cuyos versículos se dice, como muy bien sabéis, que

*«Un labrador venturoso
tuvo tan devoto hallazgo
y esta villa el patronazgo
logró, y en él su reposo.»*

Y meditando según oía comprendí algo más y es que con una sola frase sin relieve aparente de tales estrofas, se significan el alcance y la trascendencia que tuvo para Castellón aquel suceso histórico, independientemente de su sentido religioso.

Ya sabéis que en Valencia existía el Libro del Bien y del Mal, donde se hacían constar los acontecimientos más salientes y también los hechos buenos o malos de los ciudadanos. Tal vez por eso aquel libro estorbaba ya entonces, como estorbaban a los delincuentes de nuestros días aquellos sumarios o actuaciones judiciales que se apresuraron a quemar durante el nefasto verano de 1936. Lo cierto, amigos míos, es que aquel Libro también se quemó, pero una copia de la hoja más interesante para vosotros se conserva en vuestro Archivo Municipal y gracias a ello podemos revivir los pormenores de aquella prodigiosa aparición a Perot de

Granyana, de esa Virgen pequeñita; que sin embargo ocupa un lugar tan grande en el corazón de todos los castellonenses.

La incredulidad o la pedantería podrán decir que aquello fué una fábula inventada para consumo de gentes ingenuas. Pero, amigos, ¡benditas sean las fábulas! Y más aún estas leyendas que rodean de suave poesía las innumerables advocaciones que la Madre de Dios tiene en nuestra querida Patria. Porque lo que más caracteriza la afección de España a la Virgen María, son precisamente, éstos patronatos específicos que en otras partes no existen. Cada región, cada provincia y aun cada pueblo tienen, no la devoción a Nuestra Señora, sino su Virgen, su Patrona específica. Y el hecho toma singular relieve en la época de la Reconquista. ¿Sabéis por qué?... Porque con la Reconquista nacen o renacen los pueblos y las personalidades históricas. Y dijérase que los pueblos necesitan de la Madre como niños recién nacidos...

Aquí y allá van apareciendo imágenes y surgiendo patronazgos. Y las Patronas no se parecen entre sí; como si la Santísima

Virgen quisiera extremar su ternura, para con sus hijos españoles, adoptando las formas y matices más diversos que se atemperan si os fijáis bien en la idiosincrasia de cada pueblo, de cada comarca y de cada región. No nos figuramos, por ejemplo, al noble pueblo catalán lanzando piropos a su Virgen morena de Monserrat, aunque sí bailando solemnemente ante Ella una sardana. En cambio los piropos y las saetas le van bien a la Virgen de la Macarena, de Sevilla, y a todas aquellas Vírgenes andaluzas que parecen mujeres de carne y hueso. El Pilar de Zaragoza desafiando a los siglos, a las hecatombes históricas y también a las aguas del Ebro que parecen querer socavar los cimientos del templo de la Raza, es por tales muestras el símbolo más exacto de la tenacidad baturra. Y en Valencia, en mi Valencia, señoras y señores, tenemos esa Virgen «con ojos de fiebre», como muy bien ha dicho desde Roma en estos días nuestro Arzobispo; que es capaz de entender como nadie, y de perdonar también, las vehemencias y las extremosidades del alma valenciana; porque Ella, Ella misma,

por su denominación y por sus títulos, es la Virgen de las caridades extremadas, al haberse constituido en Madre de los Locos, de los Inocentes y de los Desamparados.

¿Y vuestra Virgen de Lidón?... No sé si esto que voy a decir lo ha dicho alguien antes que yo; pero lo que sí os puedo asegurar es que en parte alguna lo he leído. Lo aprendí, castellonenses, la otra noche mirando y admirando a vuestra Patrona. Para mí, vuestra Señora de Lidón no solo representa el manantial inagotable de la fe castellonense, sino algo más. Esa imagen grande que lleva y ostenta en su seno a otra imagen chica; la auténtica, la que hicieron surgir de las entrañas de la tierra los bueyes de aquel venturoso labrador, precisamente por tal duplicidad y curiosa composición refleja insuperablemente el alma castellonense y lo que vosotros sois. La imagen grande es la expresión del Castellón nuevo, ilusionado, laborioso y progresivo. La imagen chica simboliza a la vieja Castalia con su pasado y su tradición. Y ambas se funden y se unen entrañablemente formando una sola Virgen tal y como vosotros los cas-

tellonenses de hoy con esta admirable fidelidad y esta ejemplar constancia os unís en espíritu con aquellos hombres que nacieron, moraron y murieron en el cerro de la Magdalena. Ya véis, pues, cómo en vuestra Virgen de Lidón no solamente se funden el pasado y el presente de Castellón sino que también las ideas de Patria y de Fe ya gloriosas convergen simbólicamente en Ella.

Pero reanudando el relato interrumpido, os diré que por el cántico de los Gozos pude observar que quienes se hallaban en el templo conmigo eran unos romeros conspicuos, que con sus cañas habían querido, como yo, realizar la escala tradicional en el Santuario. Escala que, si me permitís que os hable con la franqueza propia de un provinciano, debería ser restaurada; o por lo menos aquella Salve tradicional, que yo me imagino como algo extraordinario, convertida la amplia nave en una tupida maraña de corazones ardiendo y de cañas verdes en alto...

Salí tras el pequeño grupo de romeros hacia la ciudad encaminándome hacia el lugar donde se organiza la procesión nocturna y

me apresté a ser testigo de otra curiosa ceremonia: «Les cortesías». Me habían hablado de ella y quería presenciarlas. Se hallaban formados ya los penitentes, presididos por el Santo Cristo, cuando ví aproximarse las figuras de las tres Marías y de San Juan. Me parecieron tres muchachitas y un joven, sorprendiéndome la propiedad de la indumentaria, pero sobre todo la unción y el realismo conmovedores con que se producían. Las genuflexiones y reverencias lentas, casi interminables, emocionantes. Los movimientos se ejecutaban en suavidad, pero con precisión matemática. Terminó la ceremonia y entonces advertí algo que antes no había visto; tan arrobado me tenían aquellos rostros angelicales. Y fué la presencia de un hombre de bastante edad, vestido con la clásica blusa de estos terrenos que parecía dar instrucciones a los cuatro intérpretes...

Pregunté a un miembro de la Junta Central de Festejos que se hallaba conmigo y me dijo que aquel hombre era como una especie de entrenador de la ceremonia; añadiendo que se apodaba «Tarambana». Y me

dijo también que tradicionalmente las cortesías las representaban gentes del Arrabal de Castellón. Mi asombro habréis de comprenderlo, no tuvo entonces límites; pues hube de acordarme que mientras los arrabales de las grandes ciudades son lugares donde anidan el resentimiento y el rencor y donde se da el caldo de cultivo de todas las miasmas revolucionarias, aquí en Castellón son gentes arrabaleras quienes de año en año asumen nada menos que el papel de representar las figuras de las Santas Mujeres y de San Juan Evangelista y un hombre humildísimo, arrabalero también, y apodado «Tarambana», es quien se encarga de organizar y entrenar tan sosegadas y formales cortesías.

Terminada la ceremonia, yo me encaminé al centro de la ciudad. Y aquí podría yo continuar con el estilo narrativo de este discurso explicando lo que hice después; deambulando por todas esas calles que discurren en torno a vuestra plaza Mayor; calles con nombres gremiales; casonas que fueron y ya no existen... Pero me doy cuenta de que estoy abusando de vuestra atención y falta todavía la glosa del lema del Amor...

AMOR. EL SANTO SEPULCRO

¿Qué rumbo tomar para tal glosa y con ella dar fin a este discurso?... Una vía fácil y placentera me ofrece sin duda el maravilloso espectáculo de esta misma fiesta cuya nota más brillante y significativa es la nunca bien ponderada belleza de la mujer castellanense, magníficamente representada por vos, Señora, y por vuestra Corte. Mas ya advertí al principio de esta peroración y lo habréis tenido que notar en el curso de ella, que no soy hombre dado a los florilegios que en estos trances se estilan. Los madrigales no son mi fuerte. Cierto que mirándoos a Vos y a vuestras damas si me preguntaran ahora en qué lugar del Universo nos hallamos, respondería sin vacilar, con la sobria franqueza propia de los que hemos nacido entre montañas, que yo creo hallarme en el Cielo o por lo menos en una lucida antesala del mismo, porque si el Cielo es la suma y compendio de todo lo bello, difícil es para los ojos humanos imaginar mayor hermosura que la que irradian ese Trono y esos sitiales.

Así hablaría el hombre... Y con una visión poética pero meramente humana del tema, es innegable que el mejor simbolismo para una glosa de la idea del Amor, lo encontrará el hombre contemplando a la mujer. Mas perdonadme vosotros y más todavía vos, mi Señora, esta ruda sinceridad. Desde que pensé un poco sobre lo que tenía que deciros esta noche me viene repugnando tal enfoque del tema. Hoy puedo añadir algo más y es que tras las emociones e impresiones recibidas el domingo, que os vine relatando con más o menos fortuna, me sería imposible poner remate a este discurso hablando del Amor a ras de tierra.

Tras de haber exaltado la idea de Patria, poniendo de relieve la profunda justificación de estas fiestas; tras de glosar la solidaridad de Castellón con su pasado y sus muertos... Pero sobre todo después de beber espiritualmente las aguas de ese inagotable manantial de la Fe de Castellón que fluye a las plantas de su Virgen, ¿de qué Amor podríamos hablar aquí para poner digno remate al discurso y mantener esta fiesta con la debida jerarquía o gradación en las ideas?...

Ya me habéis comprendido. Si hace unos instantes discurríamos sobre el sosiego y el reposo que alcanzó Castellón en el regazo de su celestial Patrona, notad una cosa y es que... ¡del regazo de la Madre no podemos ir ya más que al corazón de su Hijo!

Si hemos contemplado a la Virgen Madre como sostén de nuestra Fe, subamos con Ella al Calvario. Allí, viendo a Jesucristo que muere en cruz por nosotros es donde podremos encontrar la expresión amorosa más sublime; la más soberana lección de Amor que han visto y pueden ver los siglos. El amor más cabal es aquel que más se sacrifica; aquel que se siente capaz de las mayores abnegaciones. Pues bien ¿quién como Jesús? Mirad a Jesucristo. Dios como el Padre; ser infinito como El, tomando nuestra carne mortal y haciéndose niño en Belén, hostia en el Cenáculo, pecado en el Huerto y reo en la Cruz. ¡Misteriosa y sublime paradoja la de la Cruz!... Porque en la Cruz paga el que no debe nada. En la Cruz muere quien no puede morir. En la Cruz está impotente el Omnipotente. Y en la Cruz está ajusticiado aquel que ha

de venir un día a juzgar a los vivos y a los muertos. ¡Misterios insondables de la Providencia Divina que únicamente se explican con esta palabra: ¡Amor!...

Ideas parecidas a éstas me hervían confusamente en el alma la noche del domingo cuando saliendo de la Plaza Mayor caminaba en busca de la calle del mismo nombre para dirigirme al balcón desde donde tenía que presenciar el paso de las procesiones. Para ello atravesé el antiguo «Carreronet del Pes de la Farina» que hoy conocéis con el nombre de callejón del «Ecce Homo». Al llegar al rincón de la calleja me detuve un punto y mis ojos se encontraron con la efigie del Señor alumbrada por el farolillo. Al lado del retablo en un azulejo podían leerse estos versos:

*«Cristiano. Si tienes fe,
detente y mira mis llagas
y verás cuan mal me pagas
la sangre que derramé.»*

Terminé de leer y salí hacia la calle Mayor con una idea confusa temblándome en el alma, pero en aquellos instantes desfilaba

la procesión de penitentes. Los Hermanos de la Paz y Caridad, primero; luego los labradores, después los comerciantes; todos ellos encapuchados y por fin los caballeros de rigurosa etiqueta con el Santo Cristo. Ya no pensé en subir al balcón y una voz interior me decía: *¡Vamos tras Ell...* Tras ellos fui y con ellos penetré en la iglesia de San Agustín. Las Cofradías desaparecieron hacia las dependencias del templo y entonces yo a solas con el sacristán le rogué que descubriera y encendiera el altar del Santo Sepulcro.

Lo hizo así y quedé arrodillado y contemplando el Cristo Muerto. ¿Cuánto rato estuve?... Como una ráfaga pasaron por mi memoria las discusiones sobre el origen de la soberbia talla. También los eruditos estudios del ilustre y perpetuo cronista de la Cofradía acerca de su estilo artístico. Pero ya os he dicho que fué solo una ráfaga pues yo estoy con la leyenda; sí, con la leyenda y creo por ello a pie juntillas, como creyeron vuestros antepasados, que la maravillosa imagen del Santo Sepulcro no fué obra humana, sino que la tallaron aquellos

tres ángeles de guedejas rubias que un día llegaron con hábito de peregrinos mendigando asilo a las puertas del Santo Hospital; en uno de cuyos aposentos moraron durante tres días de misterioso encierro, para evaporarse después dejándole a Castellón el milagroso regalo del Cristo Yacente.

¿Otra fábula? No sé... Pero yo os digo una cosa. ¡Ay, de este pobre mundo cargado de prosa, de racionalismo y de eso que se ha dado en llamar sentido práctico si los hombres no volvemos a creer en los ángeles, en los milagros y en las fábulas! El horizonte histórico se tiñe de pesimismo y de tristeza y hasta los más lerdos advierten que apenas terminada una hecatombe se está preparando otra muchísimo mayor en la que, la más potente y satánica fuerza hasta hoy conocida, se enfrentará con el resto del mundo. Pues bien, amigos míos, aquí hay militares ilustres, cuyo criterio respetaré. Yo dejo a los Estados Mayores, con su opinión y sus cálculos técnicos mientras continúa eso que llaman ahora la «guerra fría». Pero juzgando la actual situación con las luces de mi pobre entendimiento tengo que

concluir que, si Dios no hace, no uno, sino muchos milagros; si ciertas profecías que hasta ahora parecieron fabulosas no se cumplen y más concretamente, si no bajan del Cielo San Miguel y sus ángeles para combatir contra las fuerzas del mal... ¡La civilización de Occidente no tiene salvación!

Pero así como las fábulas y las leyendas suele decirse que son cosa de niños, los grandes portentos los reserva el Señor para las almas ingenuas. ¡Aquella fe firmísima, pero sencilla y elemental de nuestros antepasados, es lo que hizo posible que el Santo Apóstol Santiago bajara del cielo montado en su caballo blanco para combatir al lado de los cristianos españoles!... «*Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos*»; palabras de Jesús. Si no nos hacemos como niños, no solo es que no entraremos en el Cielo, sino que tampoco podremos confortarnos aquí en la tierra con esos divinos anticipos que son los milagros; obsequios de la Providencia que tanto en Lourdes y en Fátima, como durante la vida mortal de Jesucristo solo se han dado siempre a quienes creen con firmeza, pero so-

bre todo con sencillez y con pureza de corazón.

¿Pero no es éste un final de Viernes Santo?... Me temo que alguien esté pensando que esto no es bueno ni bonito para unos Juegos Florales... Lo de bonito, no lo sé. De que sea bueno e incluso bello, estoy seguro. Hay Viernes Santos gloriosos como aquel del año 1938 en que los soldados de Franco llegaron al Mediterráneo, por las playas de Vinaroz y el General Alonso Vega, al frente de sus navarros, pudo hacer la señal de la Cruz sobre las aguas como los antiguos descubridores. Como hay ocasiones también en que la más florida primavera se vieste de luto, según ocurrió en aquellos días aciagos de Junio del mismo año, en que se liberó Castellón, tras la tortura y el tormento de un asedio corto, pero durante el cual centenares de buenos españoles cayeron ametrallados por las hordas rojas...

Pero sobre todo notad esta consideración que viene de molde al segundo ejemplo... Y es que, sin Viernes Santo no hay Pascua; como no hubo entonces liberación, sin el sacrificio. ¡Ah, si pudieran hablarnos ahora

aquellos castellanenses que cayeron por Dios y por España!... Ellos nos explicarían mejor que nadie cómo gozan hoy de la Pascua eterna, porque antes tuvieron su Viernes Santo. Y ellos os dirían también que las lecciones mejores de Amor que podéis tomar son las que se dan a este buen pueblo de Castellón desde el altar del Santo Sepulcro...

En vuestros caídos pensaba yo cuando salí a la calle, tras de haber adorado y contemplado vuestro Cristo Muerto. Pero entonces... ¡un contraste más! En la calle Mayor, la noche era día; por ella desfilaban las rutilantes gayatas. Otra vez el triunfo de la vida sobre la muerte. Mis ojos se llenaron con aquella apoteosis de luz y de alegría en la que yo no sabría decir si brillaban más las artísticas luminarias o vuestros ojos, Señora, y los de las bellas mujeres castellanenses que os acompañaban...

FINAL

Termine ya este discurso. ¿Cómo?... Mirando de nuevo al mundo; a esta Humanidad de nuestros días, pletórica de ciencia y

de progreso material; pero que se sirve de una y otro para sembrar el mal, la destrucción y la muerte. Sobre las olas agitadas de la tempestad que ya se insinúa, flota frágil pero segura la nave de San Pedro. Y la mirada del Vicario de Cristo se vuelve paternalmente hacia esta España nuestra que acaba de dar dos santos más a la Iglesia Católica. La España a la que mira el Pontífice, es aquella de la que habló Menéndez y Pelayo: «...*evangelizadora de la mitad del orbe; martillo de herejes; luz de Trento; espada de Roma; cuna de San Ignacio*»... Cuna de San Ignacio y de San Francisco Javier y de Santa Teresa y de nuestro valencianísimo San Vicente...

Colocados al margen de los dos bandos en lucha, unos nos odian y otros persisten en ignorarnos. ¿Sonará de nuevo, sin embargo, la hora de España en el gran reloj de la historia universal?... El propio D. Marcelino es quien nos dejó contestada esta pregunta al epilogar su célebre «Historia de los Heterodoxos»: «*No suelen venir dos siglos de oro sobre una misma nación; pero mientras sus elementos esenciales permanezcan*

los mismos; mientras sea capaz de creer, amar y esperar; mientras su espíritu no se aridezca de tal modo que rechace el rocío de los cielos; mientras guarde alguna memoria de lo antiguo y se contemple solidaria con las generaciones que le precedieron..., aún puede esperarse que juntas las almas por la caridad torne a brillar para España la gloria del Señor y acudan las gentes a su lumbre y los pueblos al resplandor de su Oriente».

Dios quiera que así ocurra por su gloria y la de nuestra Patria. Mas para que tal dicha llegue habrán de cumplir ejemplos como el vuestro. Sí; porque vosotros, castellonenses, bien podéis hacer vuestras las palabras de nuestro más insigne polígrafo, que acabo de recordar. Porque, mientras medio mundo se prepara para aniquilar al otro medio y los imperialismos del rencor y del dinero se espían y amenazan sobre las ruinas humeantes de la civilización occidental, aquí hay un pueblo que guarda en su corazón el recuerdo de lo antiguo, se contempla solidario con las generaciones que le precedieron y se siente capaz de creer y amar y esperar, practicando no solamente

en lo religioso sino también en lo civil, las tres virtudes teologales.

¡Castellonenses! «¡Madaleneros!»... ¡Por muchos años!... Que la alegría de estas fiestas inolvidables no pierda jamás su profundo sentido histórico. Y ahora y siempre, ¡Vítol!... *(Una gran ovación acoge las últimas palabras del orador).*



PALABRAS DE FELICITACIÓN Y GRATITUD

DEL

Ilmo. Sr. D. Carlos Fabra Andrés

ALCALDE DE LA CIUDAD

Reina y Señora de las Fiestas;
Hermosa corte de Amor;
Inspirado Poeta;
Eloquentísimo Sr. Mantenedor;
Exemos. Pres.;
Dignísimas Autoridades y Jerarquías;
Sras. y Pres.:

PORQUE es costumbre y norma tradicional en estas fiestas de la Magdalena, y sobre todo, porque es deber de obligada cortesía que cumpla gustosísimo, me levanto a pronunciar unas palabras, muy pocas, para rendir el testimonio de mi vasallaje a esta Reina hermosísima, que hoy se sienta sobre el trono que para ella quisieron levantar en esta noche, la hermosura, la inspiración y la elocuencia.

Palabras que son de felicitación para nuestro Poeta Bernardo Artola Tomás, que con su inspiración fecunda y maravillosa, supo conquistar el más preciado galardón de

nuestras fiestas, y con él la dicha de poder prender sobre el pecho de nuestra Reina esa Flor Natural.

También quiero expresar mi reconocimiento, al Ilustre Mantenedor D. José María Torres Murciano, que dejando sus múltiples y diarias ocupaciones, llegó hasta nosotros, para deleitarnos con el encanto de su mágica palabra, describiendo con maestría inigualable tantas costumbres castellonenses, expresión sincera de la ingenua sencillez de nuestro pueblo.

Palabras por último de gratitud a cuantos quisisteis asociaros a nuestras fiestas, a las que con vuestra presencia disteis el máximo esplendor y brillantez.

A todos mi gratitud y mi reconocimiento. Y a vosotros castellonenses, os pido que redobléis vuestro esfuerzo y vuestro entusiasmo para que, las fiestas de la Magdalena y el nombre de Castellón, suenen triunfantes por todo el ámbito nacional.



ESTE DISCURSO
PRONUNCIADO EN EL VI CERTAMEN LITERARIO
CELEBRADO CON MOTIVO DE LAS FIESTAS DE LA MAGDALENA
EL DÍA 15 DE MARZO DE 1950,
SE EDITA POR ACUERDO DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO
DE CASTELLÓN DE LA PLANA Y A SUS EXPENSAS.
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE HIJOS DE F. ARMENGOT
EL DÍA 8 DE NOVIEMBRE
OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS
DEL AÑO M.CM.L
L † D

FRX